



CAMPO Y CAMPESINOS EN LA ESPAÑA MODERNA

CULTURAS POLÍTICAS EN EL MUNDO HISPANO



MARÍA JOSÉ PÉREZ ÁLVAREZ
ALFREDO MARTÍN GARCÍA

(EDS.)

[ENTRAR]

CRÉDITOS

CAMPO y campesinos en la España Moderna. Culturas políticas en el mundo hispánico (Multimedia)/María José Pérez Álvarez, Laureano M. Rubio Pérez (eds.); Francisco Fernández Izquierdo (col.). – León: Fundación Española de Historia Moderna, 2012

1 volumen (438 págs.), 1 disco (CD-Rom): il.; 24 x17 cm.

Editores lit. del T. II: María José Pérez Álvarez, Alfredo Martín García

Índice

Contiene: T. I: Libro – T. II: CD-Rom

ISBN 978-84-938044-1-1 (obra completa)

ISBN T. I: 978-84-938044-2-8 (del libro)

ISBN: 978-84-938044-3-5 (CD-Rom)

DEP. LEG.: LE-725-2012

1. Campesinado-España-Historia-Edad Moderna 2. Culturas políticas-España-Historia I. Pérez Álvarez, María José, ed. lit. II. Rubio Pérez, Laureano M., ed. lit. III. Martín García, Alfredo, ed. lit. IV. Fernández Izquierdo, Francisco, col. V. Fundación Española de Historia Moderna. VI.

323.325(460)“04/17”

316.74:32(460)

Edición:

Fundación Española de Historia Moderna
C/Albasanz, 26-28 Desp. 2E 26, 28037 Madrid (España)

© Cada autor de la suya

© Fundación Española de Historia Moderna

© Foto portada: *Mataotero del Sil*

Editores de este volumen:

María José Pérez Álvarez

Alfredo Martín García

Coordinación de la obra:

María José Pérez Álvarez

Laureano M. Rubio Pérez

Alfredo Martín García

Colaborador:

Francisco Fernández Izquierdo

Imprime:

Imprenta KADMOS

Compañía, 5

37002 Salamanca

[VOLVER]

Portugal ante los tratados de reparto de la Monarquía de España. Aproximación a la política exterior de los Braganza a finales del siglo XVII¹

David Martín Marcos
Universidad Nacional de Educación a Distancia
d.martinmarcos@yahoo.es

Resumen

La historiografía que se ha ocupado de la Guerra de Sucesión española generalmente ha considerado a Portugal un sujeto pasivo en las alianzas internacionales, dependiente de los movimientos de París, Londres y Viena. Este trabajo pretende demostrar que el gobierno de Pedro II desempeñó un papel mucho más activo de lo que le ha supuesto. Para ello ahonda en las pretensiones de Lisboa ante el problema de la Sucesión española y los tratados de reparto de la Monarquía, así como en los motivos que llevaron al gobierno portugués a reconocer al duque de Anjou como rey de España. Por último, plantea algunas claves para entender el fracaso de la alianza franco-portuguesa, que en 1701 había sancionado el reconocimiento del Borbón en el trono de Madrid, y el triunfo de la diplomacia inglesa.

Palabras clave

Guerra de Sucesión española; Diplomacia; Portugal; Pedro II de Braganza; Relaciones internacionales.

Portugal and the partition treaties of the Spanish monarchy. An attempt to the foreign policy of dynasty of the Braganza dynasty at the end of the seventeenth century

Abstract

As a dependent state of Paris, London and Vienna movements, the Kingdom of Portugal has been considered a passive subject by the historiography on the War of the Spanish Succession's international alliances. This study tries to demonstrate that Pedro II's government had a much more active roll on this scene. For this, it analyses the Portuguese pretensions on the Spanish succession and the repartition treaties, as well as the reasons led Lisbon to recognize the duke of Anjou as king of Spain. Finally, the paper shows some keys for understanding the French-Portuguese alliance's failure and the triumph of the English diplomacy.

Key words

War of the Spanish Succession; Diplomacy; Portugal; Peter II; International relations.

La débil salud de Carlos II y su más que probable impotencia provocaron que, desde el inicio de su reinado, en toda Europa se elucubrarse sobre la controvertida sucesión española². Si Luis XIV y Leopoldo I establecieron ya en 1668 un primer acuerdo para el reparto de las posesiones de la Monarquía en caso de que el joven rey falleciese sin hijos, lo hicieron porque entendían que un niño que ni tan siquiera podía tenerse en pie, jamás sería el garante de la unidad territorial del imperio español y de la continuidad dinástica de la Casa que reinaba en Madrid. Sin embargo, los años que siguieron sólo fueron testigos de cómo la supremacía francesa se impuso a la debilidad española, encarnada en un monarca incapaz, que, contra todo pronóstico, alcanzaría la mayoría de edad y contraería matrimonio en dos ocasiones. Por eso, aunque la idea de una

¹ Programa "Juan de la Cierva" (Referencia. JCI-2010-06893).

² HOMEN LEAL DE FARIA, A. M. (2007). *Os Cadernos de Duarte Ribeiro de Macedo. Correspondência Diplomática de Paris, 1668-1676*. Lisboa: Instituto Diplomático-Ministerio dos Negócios Estrangeiros, pp. 112-113.

muerte sin descendencia nunca desapareció del todo, la inesperada longevidad del último de los Austrias españoles permitió posponer el debate sobre la sucesión durante casi tres décadas.

Fue inevitable, no obstante, que a finales del XVII el problema resurgiese. Por más que el nacimiento de José Fernando de Baviera, en octubre de 1692, fuese saludado con entusiasmo por Madrid y situase al joven príncipe como el candidato más adecuado para suceder a Carlos II —frente a un nuevo tratado de reparto de la Monarquía, firmado por Francia, Inglaterra y Holanda—³, su fallecimiento, en 1699, hizo que, de nuevo, la lucha por la herencia española fuese planteada como el episodio más importante de las disputas que Austrias y Borbones habían venido protagonizando en los últimos tiempos. Los grandes intereses de ambas familias por hacerse con el control de la Corona española marcarían, así, los destinos del continente en el año que precedería a la muerte del Habsburgo y se harían sentir en las principales cortes europeas.

En Lisboa, Jean d'Estrées y Pierre Rouillé, por parte de Francia, y el conde de Waldstein, por la del Imperio, fueron los protagonistas de esas disputas, en las que, aunque por poco tiempo, la balanza se inclinaba a favor de los Borbones. Ya fuera por el buen hacer de los primeros y la lentitud de movimientos del segundo, o por los teóricos intereses de Portugal, Pedro II acabaría decantándose por apoyar a Luis XIV. Si bien, esa circunstancia no anularía sus propias pretensiones ante el problema dinástico español. Bajo el esquema clásico que sitúa a Portugal como un simple convidado de piedra en los movimientos diplomáticos del escenario europeo de esos años⁴, se esconde una realidad mucho más compleja en la que el Braganza también quiso sacar partido de la debilidad de los Austrias españoles.

A pesar de que Madrid había reconocido la independencia lusa en 1668, aún eran muchos los hidalgos que en el país se declaraban abiertamente pro-españoles⁵, y existía miedo a que, con su complicidad, triunfase una hipotética invasión del reino desde tierras castellanas. No es casualidad, por tanto, que cuando, en 1699, el embajador francés invitó a Pedro II a aceptar el Segundo Tratado de Partición, una de las contraprestaciones exigidas por el monarca fuese la entrega de las ciudades españolas de Badajoz y Alcántara⁶. Al fin y al cabo, esas plazas garantizarían a Portugal un control mucho más efectivo de los valles del Tajo y el Guadiana y la amenaza de posibles incursiones en el país disminuiría de forma notable. Si finalmente el Braganza no consiguió ampliar su patrimonio en la Península, no se debió, por tanto, a que esa meta no figurase entre sus objetivos, sino a cuestiones de política internacional que sobrepasaron ampliamente sus ambiciones expansionistas.

Por más que en noviembre de 1700, Francisco de Sousa Pacheco, el embajador de Pedro II en La Haya, declarase a su homólogo imperial que los portugueses no habían prestado interés alguno al reparto de la herencia de Carlos II y que, consecuentemente, no habían “*sido nem causa próxima, nem remotta, e que podía estar certo que El Rey Nostro Señor não havia dezejado outra couza que ter o Archiduque por vezinho*”, sus palabras se alejaban de la realidad⁷. Aunque

³ Véase RIBOT, L. (2004). “La sucesión de Carlos II. Diplomacia y lucha política a finales del siglo XVII”. En García Fernández, M. y Sobaler Seco, M. A. (coords.). *Estudios en homenaje al profesor Teófilo Egido*. Valladolid: Junta de Castilla y León, vol. I, pp. 63-99.

⁴ Nuno Gonçalo Monteiro ha puesto en evidencia la falta de rigor de ese planteamiento recientemente. MONTEIRO, N. G. (2004). “Il Portogallo e la Guerra di Successione spagnola”. *Cheiron*, 39-40, p. 16.

⁵ SERRÃO, J. V. (1960). *Uma relação do reino de Portugal em 1684*. Coimbra: Biblioteca da Universidade, p. 19.

⁶ PERES, D. (1931). *A diplomacia portuguesa e a Sucessão de Espanha*. Barcelos: Portucalense, p. 20.

⁷ Copia de carta de Francisco de Sousa Pacheco a Mendo de Foios Pereira. La Haya, 23 de noviembre de 1700.

era cierto que el gobierno de Lisboa, si hubiese tenido la posibilidad de elegir, habría preferido la opción austriaca, Portugal había buscado beneficiarse de la partición que había empujado al último de los Austrias españoles a redactar un testamento favorable al duque de Anjou.

Las expectativas de la Monarquía portuguesa ante la Sucesión española

En septiembre de 1696 las noticias que llegaban de Madrid a la corte de Lisboa hacían presagiar que la vida de Carlos II estaba próxima a su fin: Diogo de Mendonça Corte-Real, el embajador portugués, avisaba de que el Habsburgo ya había recibido incluso la extremaunción y de que los miembros del Consejo de Estado discutían sobre quién sería el candidato más idóneo para sucederle. Corte-Real recomendaba hacer lo propio en Portugal, con el objeto de estar alerta ante cualquier movimiento sospechoso. Pero no sería ése el punto a tratar por Pedro II y sus ministros, en las reuniones que de inmediato tendrían lugar en Lisboa⁸. Más bien, el debate se centraría en torno a la política de alianzas que el país tendría que seguir en adelante. Y es que, aunque para entonces Francia y las potencias marítimas aún no habían diseñado el primero de los tratados de partición, empezaba a ser necesario tomar posiciones⁹. Tiempo habría para hacerlas públicas.

De forma unánime, las opiniones en la corte sobre este particular abundaron en los inconvenientes de que un hijo del Delfín ocupase el trono de Madrid¹⁰. Al igual que Inglaterra, Francia había tenido mucho que ver en la relativa tranquilidad que Portugal había gozado desde que alcanzase la independencia; y, sin duda, la rivalidad entre Austrias y Borbones había tenido un peso específico en esa circunstancia¹¹. Lisboa, a pesar de que Pedro II había desposado a la princesa electoral María Sofía de Neoburgo en 1687¹², se había convertido en una pieza clave para la estrategia de Luis XIV en sus enfrentamientos con España y era precisamente ahí donde, en parte, radicaba la pervivencia de Portugal fuera del ámbito hispánico. Si ese equilibrio, tan útil para los Braganza, se rompía, podría desaparecer también el vínculo común que les había unido a los franceses: la oposición a la corte madrileña. Sin su apoyo, nada impediría que los españoles volviesen sus miras hacia el pequeño reino del oeste peninsular. Ésa era la razón que empujaba a los consejeros del monarca a oponerse a una solución francesa para la monarquía vecina; ése era el motivo por el que Rouillé encontraría tantos problemas para persuadir a los portugueses con la garantía de que Francia evitaría hacerles proposiciones sobre la cuestión sucesoria, que les involucrasen en una guerra¹³.

Resultaba más cómodo para Portugal que el trono recayese en cualquier otro príncipe. Si en Madrid veían con buenos ojos la opción del candidato bávaro, en principio nada tenían

Arquivo Nacional da Torre do Tombo (ANTT), Ministerio dos Negocios Estrangeiros (MNE), lib. 806, f. 16v.

⁸ SZARKA, A. S. (1976). *Portugal, France, and the coming of the War of the Spanish Succession, 1697-1703*. Tesis doctoral, Columbus: Ohio State University, pp. 176-177.

⁹ SANTAREM, V. (1860), *Quadro Elementar das relações políticas e diplomáticas de Portugal com as diversas potências do mundo até os nossos dias*. Vol. XVIII, Lisboa: Imprensa Real, p. 198.

¹⁰ SZARKA, A. S. *op. cit.*, p. 177.

¹¹ COSTA, L. (2003). “Da Restauração a Methuen: ruptura e continuidade”. En VVAA, *O Tratado de Methuen*. Lisboa: Horizonte, p. 45.

¹² LOURENÇO, M. P. (2007) *D. Pedro II, o Pacífico (1648-1706)*. Lisboa: Círculo de Leitores, p. 176.

¹³ CAIX DE SAINT-AYMOUR, V. (1886). *Recueil des instructions données aus ambassadeurs et ministres de France depuis les traités de Westphalie jusqu'a la Révolution Française, Portugal*. III, Paris: Félix Alcan, p. 220.

que objetar en Lisboa. Por eso, en la ciudad del Tajo las opiniones oscilarían entre el apoyo a ese posible heredero o el mantenimiento de la neutralidad; si bien, esos proyectos apenas preocuparían a Luis XIV, que ni siquiera se inquietaría ante diferentes informaciones sobre los derechos del rey de Portugal a la herencia de Carlos II y las levadas que estaba organizando para reforzar sus ejércitos¹⁴. Ciertamente, Pedro II tenía lícitas opciones al trono, al ser descendiente de una hermana de la reina Juana de Castilla¹⁵, y que uno de sus hijos pasase a regir los destinos de la Monarquía española no era una mala salida para la crisis sucesoria (enlazaba incluso con una corriente pro-castellana que había florecido en la corte portuguesa durante el último tercio del siglo XVII)¹⁶.

Así lo defendían incluso en España, donde en 1697 circulaba ya un panfleto favorable a los Braganza atribuido a un Grande. Traducido al portugués, el opúsculo abrazaba la opción de esta familia no ya por su practicidad, que podía evitar los enfrentamientos entre Austrias y Borbones, sino por ser Pedro II “*não so [...] Hespanhol, por Português; mas por Castelhana no sangue*”¹⁷. Pero, al menos por el momento, el rey luso no haría ademán de manifestar sus prerrogativas. Sólo tras el fallecimiento del príncipe de Baviera, se presentaría ante él una buena ocasión para jugar sus cartas.

La firma de un nuevo tratado de reparto, en marzo de 1700, y la consiguiente necesidad de Luis XIV de sumar adeptos a su proyecto, fueron los factores que permitieron al monarca pasar a actuar. Por medio del duque de Cadaval, principal encargado de las negociaciones, Pedro II hizo llegar al embajador francés un documento de ocho puntos, sellado el 9 de junio, en el que se detallaban las compensaciones que exigía para cumplir con la propuesta francesa. No sólo se limitaban a una simple ampliación de las fronteras portuguesas. Figuraba entre ellas una referencia directa a los deseos del Braganza de que Portugal participase en el acuerdo, con las mismas condiciones que los otros tres estados firmantes, es decir, que Francia, las Provincias Unidas e Inglaterra. Mediante tal prerrogativa, pretendía el gobierno de Lisboa equipararse a las grandes potencias y tener voz, incluso, en el caso de que el Imperio rechazase la parte de la herencia asignada al archiduque Carlos, para proponer un candidato alternativo. Sin embargo, sus aspiraciones encontrarían un camino plagado de obstáculos.

Aunque las posteriores advertencias de Waldstein a Pedro II para que obviase un tratado tan perjudicial para los intereses de Viena no tuvieron ninguna repercusión¹⁸, el plan del monarca se vio lastrado por los intereses de los propios partidarios del reparto de la Monarquía. Su presunción, que escondía la aspiración de incluir al segundogénito del Braganza en la carrera por la sucesión –aunque permitida, en secreto, por Luis XIV–, fue negada de manera tajante por las potencias marítimas. Fundamentalmente, porque no estaban dispuestas a ceder en lo referente a cesiones territoriales, pero también porque conceder voz a Portugal en el reparto podría sentar un precedente en las reivindicaciones de otros posibles signatarios¹⁹.

¹⁴ MAURA GAMAZO, G. (1942). *Vida y reinado de Carlos II*. Vol. 3, Madrid: Espasa Calpe, p. 182.

¹⁵ PERES, D. *op. cit.*, p. 10.

¹⁶ MENESES, A. (2001). “A diplomacia e as relações internacionais”. En Serrão, J y Marques, A. H. (dirs.). *Nova História de Portugal, vol VII: Portugal da Paz da Restauração ao ouro do Brasil*. Lisboa: Presença, p. 174.

¹⁷ *Parecer que se fez em Castella por hum Titullo grande de hespanha sobre pretencer a successão de seus Reynos a El Rey de Portugal D. Pedro 2º por falta de Successão de El Rey D. Carlos Segundo de Castilla* [Copia]. Biblioteca da Ajuda (BDA), 51-II-33, ff. 122r-155v.

¹⁸ FRANCIS, A. D. (1966). *The Methuens and Portugal, 1691-1708*. Cambridge: University Press, p. 93.

¹⁹ SZARKA, A. S. *op. cit.*, p. 194.

Luis da Cunha, el embajador portugués en Londres, tendría la difícil misión de convencer a los ingleses acerca de las virtudes de la propuesta lusa, si bien apenas contaría con margen de maniobra. En la audiencia que solicitó a Guillermo III para tratar los puntos del tratado, pudo comprobar los escasos deseos del monarca inglés de entrar a debatir asuntos relativos a la sucesión española. Aunque el rey “*estimava muito a boa disposição em que se achava Su Magestade para contribuir ao repouzo de Europa querendo entrar na garantia, pois pareasia tão conveniente aos intereses de Portugal*”, no podía ofrecer ninguna respuesta porque “*ainda ele não havia considerado nesta materia*”, referiría Cunha a Lisboa a mediados de julio²⁰. Sin embargo, por más que esperase un mensaje más preciso del monarca en los siguientes días, lo cierto es que éste ya no se pronunciaría al respecto. Pronto la proposición de Pedro II languidecería y su fracaso se vería eclipsado por preocupantes noticias procedentes de Madrid. Según advertía el embajador, corrían rumores en Londres de que el marqués de Leganés había partido de la capital española rumbo a París para ofrecer la sucesión de la Monarquía a uno de los nietos de Luis XIV²¹.

A pesar de que el duque de Tallard, el representante francés en Inglaterra, aseguró que ningún ofrecimiento sería capaz “*de fazer apartar El-Rey su Amo do que se havia estipulado*”, Luis da Cunha se percató ya entonces de que una acción de tal calado modificaba todo. Al fin y al cabo, una vez que la propuesta se materializase –entendía el portugués– todo quedaría en manos de Luis XIV, quien podría decidir libremente sobre los destinos de Europa²². Aunque se equivocaba en su análisis cuando consideraba que el rey evitaría dejar la Monarquía española en manos de su nieto, quien –a su entender– con el tiempo olvidaría ser hijo de Francia, acertaba al observar que la continuidad o no de la partición del extenso patrimonio de Carlos II sería responsabilidad exclusiva del Cristianísimo. Si Portugal había tenido la oportunidad de presentar su candidatura para la sucesión aprovechándose de la necesidad de Francia de buscar aliados a cualquier precio, era evidente que si esa Corona desechaba el proyecto que ella misma había sostenido, los beneficios que Lisboa esperaba obtener de sus acuerdos también desaparecerían. Consecuentemente, cuando el 9 de noviembre de 1700 Luis XIV recibió la noticia del testamento favorable al duque de Anjou, en París no sólo estaba en juego quién sería el próximo rey de España. De la decisión de aceptar el dictamen de Carlos II también dependía que las aspiraciones de Pedro II pudiesen cumplirse.

Las jornadas que siguieron estuvieron marcadas por la incertidumbre pero no hubo que esperar demasiado para que Luis XIV comunicase a la junta de gobierno de Madrid que autorizaba a su nieto a aceptar el testamento²³. Lo hizo mediante un despacho enviado el día 12 de ese mes. Cuando, semanas después, la noticia llegó a Lisboa, el Braganza comprendió que de lo que se trataba ahora era de discutir los pros y contras del reconocimiento de Felipe V. De nada servía el tratado bilateral²⁴ entre Portugal y Francia, ratificado por Pedro II poco antes de que se conociese la muerte de Carlos II. Eran otras las prioridades; el escenario internacional había mudado por completo.

²⁰ *Carta de Luis da Cunha a Pedro II*. Londres, 13 de julio de 1700. ANTT, MNE, lib. 776, ff. 55r-57v

²¹ *Carta de Luis da Cunha a Pedro II*. Londres, 19 de julio de 1700. *Ivi*, ff. 57v-61r.

²² *Ibidem*.

²³ LEGRELLE, M. A. (1892). *L'acceptation du Testament de Charles II roi d'Espagne par Louis XIV*. Gand: Dullé-Plus.

²⁴ SZARKA, A. S., *op. cit.*, p. 200.

El camino portugués hacia el reconocimiento de Felipe V

A finales de noviembre de 1700, Pedro II ya era consciente de que debía renegociar su relación con Francia. Se había cumplido el mayor de sus temores, que un Borbón se convirtiese en rey de España, y era necesario buscar un acercamiento a la dinastía francesa para evitar males mayores. Además, si París necesitaba que los príncipes europeos reconociesen al duque de Anjou en el trono de Madrid para aislar al Imperio y sus reivindicaciones, el monarca portugués podía quizás aprovechar para ofrecer su apoyo a la causa, a cambio de compensaciones similares a las observadas en el acuerdo para la aceptación del segundo de los tratados de partición. No había tiempo que perder y, por eso, Pedro II instó a Cadaval que participase a Rouillé que hallaba la decisión de Luis XIV sobre la sucesión sabia y justa, y que desearía firmar un tratado de paz con Francia, siempre y cuando en él también participase España²⁵. Con el objeto de ratificar sus buenas intenciones, y después de ser advertido en dos ocasiones por José da Cunha Brochado, su embajador en París, de que esa corte esperaba una felicitación por la sucesión²⁶, el 3 de enero de 1701 el monarca portugués escribiría a Luis XIV para presentarle sus respetos. En la carta, el Braganza le daba el pésame por el fallecimiento de su cuñado Carlos II, al tiempo que expresaba su satisfacción porque el duque de Anjou hubiese subido al trono de Madrid. Estaba convencido, decía en ella, de que el Cristianísimo influiría en el ánimo de su nieto para que se mantuviese la “*segura paz e firme amisade com esta Corôa*”, tal y como sucedía entre su gobierno y el de París²⁷.

En sus declaraciones afloraba el temor que se respiraba en la corte ante la nueva situación. Pero para la estrategia francesa, la posición de Portugal no podía ser más conveniente. De hecho, Luis XIV había manifestado su deseo de dar cuerpo al tratado antes incluso de que Pedro II se dirigiese hacia él en tan generosos términos. Su objetivo no era otro que garantizar en Europa la paz que permitiese a Felipe V asentarse sin problemas en España y blindar su propia preponderancia en el panorama internacional, y, para ello, había ordenado a Rouillé que profundizase en la negociación; debía exigir a los portugueses que considerasen enemigos suyos a todos aquellos países que tratasen de disputar la sucesión española y que les cerrasen sus puertos. Él, por su parte, se había ofrecido a garantizar toda ayuda militar que pudiesen necesitar²⁸. Pero pronto observaría el embajador que el camino para alcanzar un acuerdo no sería tan simple. El brote de viruela que asolaría Lisboa poco después, obligaría a Pedro II a abandonar la capital y refugiarse en Salvaterra, en el interior del país, y la buena comunicación del embajador francés con el monarca se vería interrumpida drásticamente; Mendo de Foios Pereira, el secretario de Estado, se convertiría en su único interlocutor²⁹. Ante ese panorama, incapaz de extender sobre el monarca su influencia, Rouillé sería testigo de cómo la destacada posición que se había forjado en la corte lisboeta en los últimos tiempos iría descomponiéndose poco a poco³⁰.

²⁵ *Ibid.*, p. 219.

²⁶ *Copia de carta de José da Cunha Brochado a Pedro II*. París, 2 de diciembre de 1700. BDA, 49-X-39, ff. 45v-47v. En la misma línea otra carta del embajador al monarca fechada el 26 de diciembre de ese año. *Ivi*, ff. 51v-54r.

²⁷ BORGES DE CASTRO, V. y JUDICE BIKER, J. F. (1873). *Suplemento á collecção dos tratados, convenções e actos públicos celebrados entre a Corôa de Portugal e as masi potencias desde 1640*. Tomo X. Lisboa: Imprensa Real, pp. 12-13.

²⁸ SZARKA, A. S. *op. cit.*, pp. 221-222.

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ *Copia de carta de José da Cunha Brochado*. París, 3 de abril de 1701. BDA, 43-X-38, ff. 194v-196v

Un año antes se había impuesto a Waldstein en la lucha por ganarse al rey de Portugal en el debate sucesorio, pero ahora todo aquello ya no servía. Si en aquella ocasión el embajador austriaco, recién llegado a Lisboa, apenas había tenido tiempo para desarrollar su estrategia y se había visto desbordado tanto por la capacidad de Rouillé como por los acontecimientos; en este segundo envite, la fortuna y las epidemias parecían querer igualar el punto de partida de ambos representantes. Waldstein tenía ante sí la oportunidad de mudar la opinión del Braganza; Rouillé, en cambio, tenía que defender lo que ya había conseguido para poder seguir avanzando. Quizás por esta circunstancia, el austriaco tuvo la posibilidad de rescatar ante los portugueses la vieja idea de que la alianza hispanofrancesa era la peor de las combinaciones posibles para el futuro de su país³¹, histórico aliado de Francia en sus luchas con España. Paradójicamente, el más beneficiado ante esta nueva situación no sería el emperador, que pretendía erigirse en justo defensor de los intereses de Lisboa, sino el propio Pedro II, que comprendería de inmediato que de las disputas entre imperiales y borbónicos, podría obtener importantes concesiones.

Si el monarca tenía que decretar el cierre de sus puertos a aquellas potencias que se opusiesen al testamento de Carlos II, era lógico que exigiese compensaciones. Para entonces, ya empezaban a circular rumores que situaban junto al Imperio, a Holanda e Inglaterra, dos de los principales mercados para las exportaciones lusas, y la necesidad de exigir indemnizaciones por los servicios prestados al ente hispanofrancés resultaba aún más incuestionable. No en vano, según revelan los datos sobre el comercio del vino de finales del siglo XVII, Inglaterra se había convertido en el cliente preferencial para dar salida a la producción portuguesa³², y si Francia no ofrecía una alternativa a esos ingresos viable, sería muy difícil que Pedro II accediese a cumplir íntegramente todo aquello que demandaba Luis XIV. Además, la opinión pública se oponía a una medida tan dramática para la economía portuguesa³³, por lo que sería aún más difícil que las pretensiones francesas se pudiesen materializar.

¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar Luis XIV para ganarse el favor de Portugal? Eso era algo que Pedro II desconocía, pero sabía que sus dudas tenían que servir al menos para que el francés se mostrase más generoso en sus concesiones. Cuando concluida la epidemia, regresó a Lisboa y reanudó sus contactos con Rouillé, el soberano portugués pudo comprobar por sí mismo que el embajador francés parecía estar decidido a aceptar buena parte de lo que demandaba el gobierno. Era la misma sensación que transmitían las noticias desde París. En los meses de abril y mayo, Brochado había informado de las promesas del marqués de Torcy, secretario de Estado francés, de enviar una escuadra al estuario del Tajo³⁴, y se había declarado partidario de una alianza de los Borbones, como mejor forma para que “*depois entremos na paz*”³⁵; y ante una situación que parecía inmejorable el rey no tardó en dar los primeros pasos de cara al acuerdo. Cadaval sería el encargado de dirigir las gestiones³⁶.

³¹ SZARKA, A. S. *op. cit.*, p. 222.

³² SERRÃO, J. V. (1982). *História de Portugal, Volume 5: A Restauração e a Monarquia absoluta*. Lisboa: Verbo, p. 230; y FISHER, H. E. S. (1984) *De Methuen a Pombal. O comercio anglo-português de 1700 a 1770*. Lisboa: p. 211.

³³ ATAÍDE, T. (1990). *Memórias Históricas, editadas em Portugal, Lisboa e a Corte nos reinados de D. Pedro II e D. João V. Memórias Históricas de Tristão da Cunha de Ataíde 1º Conde de Povolide*. Lisboa: Chaves Ferreira p. 142.

³⁴ *Carta de José de Cunha Brochado a Pedro II*. París, 2 de abril de 1701. BDA, 49-X-39, ff. 76r-79v.

³⁵ *Carta de José da Cunha Brochado a Pedro II*. París, 1 de mayo de 1701. Ivi, ff. 34r-37r.

³⁶ ANTUNES, A. M. (1997). *D. Nuno Álvares Pereira de Melo, 1º duque de Cadaval (1638-1727)*. 2 vols., Lisboa:

El duque no defraudó. Demostró una inteligencia extraordinaria al exponer las exigencias de Lisboa ante Rouillé para suscribir un acuerdo con Francia. Conocedor de los problemas que para París supondrían posibles interferencias de las potencias marítimas, el duque refirió al embajador, en un ejercicio de astucia, haber recibido suculentas ofertas de Londres y La Haya para mantener el presente estatus de Portugal³⁷. Pedro II exigía grandes cantidades de dinero para contrarrestar las pérdidas que, en caso de guerra, sufriría la Real Compañía de Guinea, y poder hacer frente a las demandas de algunos acreedores, así como ayuda militar –naval y terrestre– de Francia y España; y, pese a ciertas limitaciones interpuestas por Rouillé, casi todo habría de cumplirse en el acuerdo que días después estipularon³⁸.

Se trataba de disposiciones que tenían que ver con compensaciones monetarias con las que poder aplacar las deudas contraídas en 1654 y 1661, respectivamente con Inglaterra y Holanda, y de medidas necesarias para garantizar la seguridad de la América portuguesa (pues, seguían vigentes los conflictos de la región de Marañón con Francia; y de la Colonia de Sacramento con España), si bien, en ambos casos, el objeto no era otro que rentabilizar el reconocimiento de Felipe V³⁹. De este modo, cumplidas las exigencias de Lisboa, Portugal y Francia establecían, por fin, una alianza el 18 de junio de 1701, mediante un documento compuesto por 20 artículos, en el que el rey de España hacía las veces de garante⁴⁰. El gobierno de Pedro II se comprometía a prohibir la entrada en sus puertos a los barcos de cualquier potencia en guerra con Luis XIV o su nieto o que negase el testamento de Carlos II, y París prometía enviar a Portugal suficientes tropas y navíos para defender el reino y sus colonias, si la alianza, el cierre de los puertos o cualquier otra circunstancia, provocaba la guerra. Al margen de las contribuciones económicas y de las cuestiones territoriales, ésa era el alma del tratado; un pacto costoso para los hispanofranceses, pero necesario para su proyecto.

Sin embargo, a pesar de los beneficios del acuerdo, generalmente se ha apuntado que en Lisboa fueron pocos los que lo saludaron con optimismo. Con excepción de dos o tres ministros, escribiría Paul Methuen, el hijo del protagonista de los célebres tratados angloportugueses de 1703, en la ciudad todos estaban disconformes⁴¹.

Pero si incluso así se pactó con los Borbones, no debe subestimarse la opinión de esos “dos o tres ministros”, a los que hacía alusión el inglés, y de algunos otros defensores de esa vía. Uno de ellos bien pudo ser el responsable de *Proposta sobre Portugal se declarar, e porque nação, ou ficar neutral*, un anónimo dirigido al rey en el que se le aconsejaba evitar pactar con las potencias marítimas, por ser países “*sin estabilidade de governo*”, y acercarse a los Borbones⁴². Creía su autor que, frente a las fluctuaciones de Holanda, “*per não ter Rey*”, y de Inglaterra, “*pello ter sem o supremo exercissio da regalia*”, Francia y España demostraban, tras la llegada de Felipe V a Madrid, mayor cohesión, y Portugal podía aprovecharse de su potencial para defender sus propios intereses. En caso contrario, si el país vecino fuese el enemigo, los

Universidade de Lisboa.

³⁷ SZARKA, A. S. *op. cit.*, p. 224.

³⁸ *Ivi*, p. 225.

³⁹ ATAÍDE, T. *op. cit.*, pp. 141-142.

⁴⁰ BORGES DE CASTRO, V. y JUDICE BIKER, J. F. *op. cit.*, pp. 128-137.

⁴¹ COLE, C. (1735). *Historical and Political Memoirs, Containing Letters written by Sovereigns, Princes, State Ministers, Admirals, and General Officers etc. From almost all the Courts in Europe, beginning with 1697 to the End of 1708*. Londres: J. Millan, p. 424.

⁴² *Proposta sobre Portugal se declarar, e porque nação, ou ficar neutral*, 1701?, BDA, 51-XI-33, ff. 262r-265r.

problemas para Portugal se multiplicarían. No le faltaba lógica, aunque con el paso del tiempo la postura de los defensores del tratado franco-portugués iría ganando en flexibilidad. A pesar de que el pacto con los Borbones, referiría otro informe dirigido a Pedro II ya después de su firma, era bueno para el Reino, el monarca debería hacer ver a las potencias marítimas que en la práctica nada les perjudicaba⁴³. Según este parecer, era evidente que la cláusula relativa al cierre de los puertos, de la alianza suscrita con los hispanofranceses, no tenía por qué alterar el comercio con Inglaterra y Holanda. Si hasta entonces habían sido los navíos de estos países los que habían garantizado el intercambio, ahora deberían ser los portugueses quienes en puertos extranjeros hiciesen posible que se mantuviese en términos similares. Sólo así conservaría la paz Portugal, que se mostraría neutral ante los Aliados sin romper el pacto que mantenía con las cortes de París y Madrid.

La realidad, sin embargo, se mostraría diferente. Luis da Cunha informaría a finales de agosto de 1701 de las insinuaciones que constantemente le hacía el gobierno inglés para que Portugal pasase a formar parte del bando aliado si no quería que el Reino corriese “*a mesma fortuna*” que España, donde ya reinaba el duque de Anjou⁴⁴. Era la idea que emanaba de un impreso dedicado a la aclamación del Borbón no mucho antes, en el que una figura alegórica de Portugal aseguraba “De mi voluntad, y grado / al Rey Felipe me diera / al punto si no temiera / hazerme otra vez Condado”⁴⁵; y parecía que la postura que se definía en aquel memorial dedicado al Braganza difícilmente podía ser más ilusoria. Si acaso, demostraba que incluso aquéllos que habían defendido la aproximación a Francia, querían cubrirse las espaldas ante una guerra que parecía inevitable. En diciembre de ese año, un nuevo escrito apuntaba en la misma dirección, la de mantener la liga con los Borbones al tiempo que se defendía la neutralidad con el Imperio y sus aliados⁴⁶. Sin duda, resultaba una combinación imposible. Todo parecía indicar que el proyecto que París había diseñado para Portugal no se estaba cumpliendo tal y como se esperaba.

El corto recorrido de la alianza de 1701: consideraciones sobre su inoperancia

Si incluso con defensores de la causa francesa entre los portugueses, el plan de Luis XIV se tambaleaba, cabe achacar cierta desatención hacia ese reino por parte del Rey Sol como causa de su creciente inestabilidad. Más allá del papel que John Methuen tuvo en la aproximación portuguesa a las propuestas de los Aliados, parece coherente pensar que el Borbón subestimó en exceso las posibilidades de sus adversarios y creyó que el tratado firmado con Pedro II en el verano de 1701 era inamovible. El tiempo demostraría que se equivocaba y las alteraciones en el mapa de alianzas en el continente europeo confirmarían el error. Las dudas de algunos portugueses sobre la idoneidad de la alianza ya en el momento de su firma, aunque superadas por otras opiniones, habían creado un terreno ideal para que el pacto fuese perdiendo fuerza y,

⁴³ *Mostrasse como S. Mge que Ds guarde observando exactamente os Tratados da nova liga feita com França e Castella pode conservar a pax com Inglaterra e Holanda ainda que estas potencias rompão a guerra contra os reis Crhistianissimo e Catholico e continuar o commercio*, 1701. *Ivi*, ff. 2r-8r.

⁴⁴ *Copia de carta de Luis da Cunha al secretario de Estado*. Londres, 29 de agosto de 1701. ANTT, MNE, liv. 777, ff. 113r-122r.

⁴⁵ *Aclamación universal del Rey Nuestro Señor Don Felipe V. Que Dios guarde muchos años*, 17-- , p. 8.

⁴⁶ *Sobre a liga e partido que Portugal tomaria*. 16 de diciembre de 1701. BDA, 51-XI-33, ff. 266r-267r.

sorprendentemente, París apenas sí intervendría para alterar una dinámica tan contraria a sus intereses.

Este planteamiento puede resultar chocante frente a la tesis tradicional de la historiografía inglesa, que sostiene que Portugal accedió a negociar el tratado de 18 de junio de 1701 con Francia, sólo después de tener noticias de que Guillermo III había reconocido a Felipe V como rey de España. Pero lo cierto es que es plenamente compatible con esa teoría. Concuere da con la idea de que, a raíz de ese episodio, la falta de apoyos con que se encontró Pedro II para hacer frente a un hipotético ataque hispanofrancés, llevó al monarca portugués a buscar la amistad de Luis XIV. Y, de igual modo, comparte que después del reconocimiento francés de Jacobo III al trono de Londres, la hostilidad inglesa hacia París habría provocado serias dudas en Lisboa sobre la posición que debería adoptar en el conflicto⁴⁷. En cambio, sí encuentra motivo de crítica en el hecho de que esa visión sólo valore el papel de Londres, dando a entender que únicamente el potencial naval de Inglaterra acabaría por persuadir a los portugueses de las conveniencias de apoyar la causa aliada en la Guerra de Sucesión española, y apenas sí considere las propuestas hechas a Pedro II por los borbónicos. Aunque es verdad que el poderío inglés en los océanos era prácticamente incuestionable en la época, el aspecto más destacado que puede reseñarse del “temor” portugués en este periodo es su falta de confianza en Luis XIV, exponente no precisamente de una monarquía menor. ¿Es que no era Francia un gran poder capaz de hacer frente a todos y todo como señalaban los memoriales enviados a Pedro II? Si en esa época la respuesta sólo podía ser “sí”, qué es lo que realmente ocurrió. He aquí una pequeña muestra:

En septiembre la llegada de una flota francesa al estuario del Tajo bastó para apaciguar las voces que protestaban contra el tratado⁴⁸. Era la promesa que Torcy había hecho a Brochado y que se había estipulado en el acuerdo entre los Borbones y Pedro II, pero duraría poco tiempo. Sólo un mes más tarde, la flota dejaría atrás la capital portuguesa, siguiendo las órdenes de París, y con su marcha de nuevo surgirían las dudas sobre el apoyo hispanofrancés al Braganza. Al principio sería de forma leve y el incumplimiento del compromiso por parte de Luis XIV no tendría especiales consecuencias, pero a medida que la situación política en Europa fue empujando a las potencias marítimas a la guerra con Francia, el miedo por la falta de ayuda naval iría creciendo. Aun así, no fue hasta comienzos de 1702 en que Portugal comenzó a presionar a París para que cumpliera con lo acordado en materia militar; y sorprendentemente lo hizo con el convencimiento de que obtendría incluso mayores refuerzos de los que había pactado.

En enero de ese año Pedro II había concedido una audiencia al embajador inglés en Lisboa y, desde París, Brochado llamaba la atención sobre cómo las inquietudes que despertase en Francia esa reunión podrían ser utilizadas por él para exigir mayores atenciones. Consideraba que era el momento de hacer ver a esa corte que el ánimo de guerra despertado en Londres, como consecuencia del reconocimiento de los derechos del príncipe Jacobo al trono inglés, situaba a Portugal en una difícil coyuntura, por tener Francia que salvaguardar “*os Portos de Espanha, necessitando de todo o seu poder para defender os de Nápoles, Sicilia e de todas as*

⁴⁷ FRANCIS, A. D. (1960). “John Methuen and the anglo-portuguese treaties of 1703”. *The Historical Journal*, III, 2, p. 107.

⁴⁸ LANGHANS, F. P. (1949) “Advertencias feitas à Casa dos Vinte e Quatro em Lisboa sobre a política que condiziu à Guerra de Sucessão de Espanha”. *Revista Portuguesa de História*, 4, pp. 345-347.

*Índias, e que neste caso serião os nossos os mais expostos*⁴⁹. Sin embargo, sus quejas no obtuvieron el efecto esperado y hubo que esperar a marzo para que retomase este asunto. Ese mes, después de ser informado por el gobierno de Lisboa de que Mendo de Foios había exigido enérgicamente a Rouillé los socorros, Brochado volvió a retomar el tema con un tono mucho más duro. Si realmente Luis XIV quería que Lisboa cerrase sus puertos a Inglaterra y Holanda, tenía que procurar de inmediato su defensa; en caso contrario —explicó a Torcy—, quedaría puesto en entredicho un “*tractado, cujo fim hé so fazer melhor a condição de Su Magestad Christianíssima a costa dos interesses de Portugal*”⁵⁰. Como cabía esperar, las demostraciones de buena voluntad por parte de los franceses en esta ocasión fueron inmediatas y a los pocos días se informó a Brochado de que Luis XIV ya había dispuesto todo para enviar una flota a Lisboa y que, en breve, destinaría también navíos para proteger las costas de Brasil y la India, como bien habían solicitado los portugueses⁵¹. La continuidad de la alianza dependía de algo tan sencillo como el cumplimiento de peticiones tangibles. Sin embargo, nunca llegaría a producirse y en Lisboa reinaría en adelante una sensación de desamparo que iría en aumento progresivamente.

Es precisamente ahí donde deben buscarse las claves de la desafección portuguesa. Quizás Luis XIV no estaba en grado de cumplir con todo lo que había prometido a Pedro II, o sencillamente prefería emplear sus recursos en zonas como el estrecho de Gibraltar, que, por su valor estratégico, parecía atraer a Inglaterra desde hacía décadas⁵². Pero es evidente que la falta de apoyo militar francés condicionaba la actitud de la corte de Lisboa. Lo que aconteció en Portugal durante los primeros años de la Guerra de Sucesión española, aunque a diferente escala, no difirió en exceso de lo sucedido en la Corona de Aragón. Los territorios del este peninsular recibieron a los Aliados sin oposición no porque fuesen más favorables que Castilla a la opción austracista, sino porque la falta de medios defensivos convertía cualquier traba a los invasores en una opción inviable y demasiado peligrosa para sus poblaciones⁵³. De igual modo, en el occidente, los partidarios del Archiduque tuvieron más opciones de convencer a la corte lisboeta de los beneficios de su proyecto, por la escasa presencia de tropas francesas en el país. Ciertamente es que los Borbones no gozaban en Portugal de especial predilección, como tampoco contaban con gran respaldo en los territorios aragoneses, pero parece oportuno pensar que un contingente francés de mayores dimensiones en la zona hubiese bastado para apaciguar los temores que despertaba la talasocracia inglesa.

A pesar de que se ha señalado que Pedro II terminaría apostando por los Aliados para preservar el comercio ultramarino⁵⁴, también aquí, más que hacia las negociaciones de Methuen, cabría apuntar a la apatía francesa como habilitadora de esa realidad. En 1702 nada hacía

⁴⁹ *Copia de carta de José da Cunha Brochado a Pedro II*. París, 5 de febrero de 1702. BDA, 49-X-39, ff. 5r-8v.

⁵⁰ Ídem. París, 22 de marzo de 1702. *Ivi*, ff. 29r-31r.

⁵¹ *Ibidem*.

⁵² VALLADARES RAMÍREZ, R. (1991). “Inglaterra, Tánger y el estrecho compartido: los inicios del asentamiento inglés en el Mediterráneo occidental durante la guerra hispano-portuguesa (1641-1661)”. *Hispania*, 179, pp. 965-991; y MARTÍNEZ RUIZ, J. I. (2005). “De Tánger a Gibraltar: el estrecho en la praxis comercial e imperial británica (1661-1776)”. *Hispania*, 221, pp. 104, 3-1062.

⁵³ Véase KAMEN, H. (1975). *La Guerra de Sucesión en España 1700-1715*. Barcelona: Grijalbo. No obstante, esta interpretación encuentra algunos firmes opositores entre la historiografía catalana. ALBAREDA, J. (2002) *Felipe V y el triunfo del absolutismo. Cataluña en un conflicto europeo (1700-1714)*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

⁵⁴ SERRÃO, J. V. *Historia de Portugal...*, *op. cit.*, pp. 222-223.

pensar en la debilidad francesa. En todo caso, los primeros enfrentamientos entre borbónicos e imperiales en el norte de Italia no habían tenido un resultado claro y, si algo podía deducirse de ellos, es que Felipe V había sabido conservar con éxito sus posesiones al sur de los Alpes. Apenas sí habían podido modificar la percepción que en Lisboa se tenía de los poderosos ejércitos de Luis XIV, y, sin embargo, sería ese mismo año cuando, antes de que tuviese lugar la destrucción de buena parte de la flota española en Vigo, se pusiese fin al tratado franco-portugués de 18 de junio de 1701. Era el miedo a la falta de apoyos por parte de París, pendiente de otros escenarios, lo que provocaría su muerte.

De hecho, cuando el 8 de mayo Methuen llegó a Lisboa, no pudo tener mejor recibimiento. En su primera audiencia, el monarca le insinuó su deseo de abandonar la alianza que mantenía con Francia y le aseguró que siempre había estado dispuesto a aclamar al archiduque Carlos como rey de España, y que si no lo había hecho, había sido por la difícil tesitura en que le había situado el reconocimiento de Felipe V por el gobierno de Guillermo III. Días más tarde, el marqués de Alegrete, elegido para entablar conversaciones con Methuen confirmaría las buenas sensaciones del inglés: estaba ansioso por abandonar a los franceses –escribiría el representante de Londres–, mas con deliberación y dignidad, en cuanto lo demandase su soberano⁵⁵. Aunque ambas declaraciones se inscriben en la lógica de quien busca un beneficio de su interlocutor haciéndole oír lo que quiere escuchar, si nada más llegar Methuen el escenario era tan favorable para los intereses de Londres, era evidente que Luis XIV había desaprovechado los once meses en que había gozado del apoyo portugués en exclusiva. Durante ese periodo, Alegrete, el conde de Alvor y, sobre todo, el duque de Cadaval habían sustentado su causa⁵⁶, pero incluso ellos irían perdiendo la confianza en París. De nada servirían ya las protestas de Rouillé por la llegada del príncipe de Darmstadt. Aunque el embajador asegurase que el recibimiento del imperial en Lisboa provocaba “*nos termos presentes o maior escândalo que se podia dar a Espanha e França*”, ya no lograría alterar el ánimo de los portugueses⁵⁷.

La sustitución del trato preferencial hacia Francia por la neutralidad sólo sería la constatación de un proceso que se había ido gestando desde el comienzo de la frágil alianza. El bando borbónico había desperdiciado una gran ocasión para blindar el trono de Felipe V de ataques externos y, en adelante, tendría que hacer frente a una guerra peninsular que se prolongaría durante años.

[ÍNDICE]

⁵⁵ FRANCIS, A. D. *John Methuen...*, *op. cit.*, pp.110-111.

⁵⁶ ATAÍDE, T. *op. cit.*, p. 149.

⁵⁷ *Carta del duque de Cadaval a José de Faria*. 1 de agosto de 1702. Archivo Casa Cadaval-Cód. 871-KVII 23, p. 108, transcrita en ANTUNES, A. M. *op. cit.*, II, p. 146.